Caminaba con grandes pasos por el cuarto é inconsciente de sus movimientos, hacía crujir las articulaciones de sus dedos.

— ¡Ah! ¡ah! ¡vamos á divertirnos, señor caballero! — dijo, con una carcajada convulsiva.

Luego, á Clarita :

— Vísteme.

Y, viendo que la camarera titubeaba, añadió :

— ¡Te digo que me vistas pronto!

— En seguida, en seguida, señora — repuso la sirvienta al notar la impaciencia del ama. — ¿Qué traje quiere usted ponerse?

— La amazona malva con encajes claros.

— ¿La amazona malva? Sin duda no se acuerda la señora de que ya la ha llevado tres veces.

— ¿Y qué?

— Pues que yo la había ya retirado...

— ¡Ah! ¡bribona! te la has apropiado como el pañuelo... En ese caso, dame otra cualquiera.

— Corro á buscarla.

— Al mismo tiempo, baja á la cuadra y dí que ensillen inmediatamente á Sultán.

— Está bien.

Un cuarto de hora después, salía Bathilde á caballo del hotel y se dirigía al trote largo á Montmartre.

VIII

LA CASITA DE MONTMARTRE

Los moda de las *Casitas*, ó mejor aún, de las *Locuras*, para emplear la expresión de la época, data del reinado de Luis XV.

Reinando Luis XIV no existían, en efecto, propiamente hablando, porque los señores y burgueses de la época, iban á divertirse á figones retirados de los centros populosos, algunos de los cuales se han hecho célebres, como el del *Gros-Caillou*, *Moulin de Javelle*, *Bonshommes*, *Port à l'Anglais*, *Chaillot*.

Entonces, disfrazábanse con sencillos vestidos, para encontrarse en aquellos lugares puestos en moda por la cocina y donde el bienestar cedía el paso al amor.

Bajo la Regencia, Felipe de Orleáns dió á la nobleza y á la alta banca tan vivo impulso hacia el placer, que se creía mucho más económico adornar una gran casa construída ó alquilada con enormes gastos.

Y así hicieron gran negocio los arquitectos que, inspirándose en las maravillas de la corte de Nápoles, embellecieron esas estancias con decorados graciosos y voluptuosos.

El príncipe de Subisa, el duque de Richelieu, el vicecanciller de Argenson, el conde de Nocé y el de Evreux fueron los primeros en permitirse ese lujo.

Tan fastuosa como escandalosa moda no tardó en propagarse con tan lamentable rapidez que todo el mundo perdía la cabeza.

Y esos retiros consagrados al vicio multiplicábanse de tal manera que cada señor, soltero ó casado, tuvo pronto su casita para hacer en ella derroche de lujo y de locura.

La buena fama de algunas de esas construcciones, hoy destruídas, ha llegado hasta nosotros; tales son la *Folie-Genlis*, *Folie Saint-James*, *Folie-Méricourt*, *Folie Chartres*, la más fastuosa, la *Folie Popincourt*.

La casita adonde vamos á conducir al lector no era ni mucho menos un modelo en su género, porque su actual poseedor no podía permitirse grandes gastos.

Durante bastante tiempo, fué Zeno su único inquilino.

Y esa ventaja de estar solo, le hizo preferir aquel hogar á las demás moradas del centro de la ciudad.

Pero, hacía unos ocho días que tenía un vecino.

¡Y qué vecino!

Era un hombre de unos sesenta años que, á juzgar por sus raros modales y por el anticuado corte de sus trajes, parecía que acababa de llegar del pueblo.

Parecía ser de costumbres tranquilas y no cuidarse nada de los placeres del mundo.

Sorprendió al caballero tal vecindad, porque el sitio no era una Tebaida, y hasta entonces, las personas que lo habían habitado no tenían ningún punto de semejanza con anacoretas.

¿Quién podría ser aquel personaje?

Esto le intrigaba.

Una mañana, le vió introduir libros, papeles, aparatos de laboratorio y una enorme campana de metal cuya rara forma le sorprendió.

—¡Tate! ¡ya caigo! —se dijo — Es un sabio que se retira aquí para que no le interrumpan durante sus trabajos.

Y confirmóle más en esta opinión un par de anteojos con cristales redondos y azules que cabalgaba por la nariz del desconocido.

Había debido de cansarse la vista en largas noches de estudio.

Muy satisfecho de su perspicacia, quiso el caballero entrar en relaciones con él, á fin de estar más enterado acerca de su vecino.

Á la primera ocasión, saludóle franca y amablemente, rompiendo con sus altivos modales.

El anciano miró un momento al que así se le acercaba; luego, sin decir una palabra, pasó y se fué, en tanto que sus labios dibujaban una sonrisa enigmática.

Tal falta de miramientos ofendió al caballero.

— ¿Qué diantre será este bicho raro? — se preguntó.

Algo más tarde, hallándose de nuevo en su presencia, reiteróle la cortesía.

El forastero iba á ejecutar la misma maniobra que antes, cuando Zeno, muy ofendido, cerróle el paso con tono acerbo :

— Caballero — le dijo, — permítame que encuentre extraño su proceder.

Ya va la segunda vez que le dirijo la palabra sin que usted haya tenido á bien contestarme. ¿No entiende usted el francés, ó es que se propone fastidiarme?

Mientras hablaba el veneciano, la fisonomía del anciano expresaba como inquietud y molestia, y su actitud revelaba verdadera turbación.

Zeno se esperaba alguna réplica.

Pero su vecino se limitó á mirarle atentamente á través de sus cristales azules, sin emitir el menor sonido.

— ¡Per Bacco! ¡responderá usted al fin, en vez de mirarme como un... provinciano que parece usted ser!... exclamó el caballero, á quien tan silencioso examen enervaba.

Ante estas palabras, las facciones del hombre de los anteojos adquirieron una expresión de avenencia.

Y, con tono afable, replicó :

— ¡Dispénseme, querido vecino, dispénseme!; no oí al principio su pregunta; de ahí mi silencio que parece haberle molestado.

¿Me pregunta usted si conozco *Las Provinciales?* Claro que las conozco.

¿Quién no conoce esa obra maestra, uno de los primeros monumentos de nuestra lengua?

¡Ah! ¡cuán grande filósofo era Pascal!

Y además, ¡qué sabio!

¿Ha leído usted su *Tratado de las secciones cónicas*, que compuso á los diez y seis años?... ¡Sí, señor, á los diez y seis años! ¡Es una precocidad inaudita!

¿Y sus *Experimentos sobre el vacío* de que hizo una exposición á los veinticuatro años?

¿Y su *Reseña sobre la gravedad del* aire, que data de la misma edad?

Estupefacto Zeno por lo que oía, miraba con la boca abierta al anciano, creyendo habérselas con un loco.

— Luego — continuó éste — tan eminente inteligencia debilitóse, casi se apagó.

¿No ignorará usted su triste fin?

La lucha entre el escepticismo filosófico y la fe religiosa le volvió tan pronto incrédulo hasta la desesperación, como creyente hasta la superstición.

No hallando nada en el razonamiento que vino á iluminarle, arrojóse en brazos de la religión, que no podía curar la llaga ardiente que lo devoraba; aquella serenidad del alma que reposa en la contemplación de la verdad adquirida le faltaba en absoluto, y, por otra parte, su imaginación, por más esfuerzo de la voluntad que hiciese, sólo se doblegaba difícilmente á la aceptación de la verdad histórica.

Y ese grande hombre murió acosado por espantosas visiones, dejando al mundo el ejemplo de una inteligencia del orden más elevado muerto por la duda y la incredulidad...

¡Qué fin, señor, qué fin! — añadió con tristeza el

anciano — Pero, ¿no me ha hablado usted también de Bacon?... Me ha parecido oír su nombre hace poco... ¡Ah! Bacon, aunque anterior á él...

— No, señor, no — apesuróse á decir á voz en grito el caballero que temía una nueva retahila acerca del filósofo inglés. — ¡No y mil veces no! no le he hablado de Bacon, sino que he dicho simplemente : Per Bacco...

— ¡Ah! dispénseme; creí que...

Zeno había comprendido.

Su hombre era sordo como una tapia y le había bastado coger al vuelo la palabra « provinciano » para creer que se trataba del autor de los *Pensamientos*.

— ¡Pues bien! señor mío, — continuó el sabio anciano; — ya que parece que le gusta á usted hablar de semejantes cosas, tendré gran satisfacción de tratar de ellas con usted cuanto le agrade.

Acaso tenga yo el oído algo duro; pero no se entera uno sino á la larga, y esto no impide el poder seguir perfectamente el hilo de una conversación.

Á poco suelta Zeno una carcajada; mas se contuvo y gritó :

— Acepto de buen grado, caballero, y cuando se presente la ocasión, no la dejaré escapar.

Hay que reconocer que su compañía es de las más agradables.

Luego, en tono ordinario, seguro de que su interlocutor no le oiría, añadió :

— Si crees que voy á perder el tiempo en oír tus cantinelas...

Saludó luego amistosamente al anciano y separóse de él, prometiéndole volver á verle.

— ¡Vamos! ¡menos mal! — pensó el veneciano en cuanto se vió solo. — He ahí un personaje que no me estorbará mucho. Aunque su sordera no se note sino á la larga, según él cree, podré hacer en mi casa cuanto se me antoje, sin que él tenga la menor sospecha.

Yo, que temía siempre tener algún vecino importuno, no tengo motivo para quejarme de ese; es como si no existiera.

Zeno notó que el viejo sabio no salía nunca, á no ser para hacer sus provisiones alimenticias. Tampoco recibía nunca á nadie, y él mismo se cuidaba del arreglo de su hogar.

Nada tenía eso de particular en un hombre dedicado por entero á la ciencia, y el caballero no se sorprendió por ello en modo alguno.

Hacía unos ocho días que la casita estaba habitada de ese modo, en el momento en que vemos á Bathilde subir á las alturas de Montmartre.

Impaciente por llegar, la señorita de Wendel fustigaba constantemente á su cabalgadura.

En cuanto llegó á la morada de Zeno, bajó al jardincillo, dejando á Sultán ramonear á su antojo las hojas ya amarillentas de los arbustos; luego, penetró en el edificio mediante una llave que consigo llevaba, llave que antes empleaba mucho, pero de la que apenas hacía uso ahora.

En la antesala, encontró Bathilde á un criado que, sorprendido de tal intrusión, preguntóle lo que deseaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hacía poco que se hallaba al servicio del veneciano y no la conocía.

— Quiero que te quedes aquí, en donde estás — le contestó ella — y me dejes entrar sin anunciarme.

— ¡Sin embargo, señora!... — repuso el doméstico, plantándose ante la puerta, pues sabía que no gustaban á su amo las visitas imprevistas.

Pero, arrojándole un puñado de oro, díjole Bathilde:

— ¡Ábreme paso!... de lo contrario, te pesará.

En el modo de darle esta orden, comprendió el criado que no le sería ventajoso resistirse.

Bathilde entró en las habitaciones.

El apartamento se componía simplemente de tres cuartos seguidos.

El primero servía de comedor, el segundo de dormitorio y de sala el tercero.

Los tres hallábasen amueblados con gran lujo, y mezclábanse el gusto italiano y el francés en un conjunto armonioso que era un encanto para la vista.

Ahogando el ruido de sus pasos, la joven atravesó el comedor y el dormitorio, y llegó luego al umbral de la sala en que estaba Zeno.

Antes de entrar en ella, lanzó una mirada por la puerta entreabierta y vió al italiano instalado en el canapé, como si durmiera, con el rostro iluminado por una expresión de alegría.

Á ratos, sus labios se agitaban y se unían como para dar un beso.

Bathilde se acercó de puntillas y fué á colocarse junto al canapé.

Profunda arruga surcaba su entrecejo.

Después de mirar en silencio al caballero, disponíase á golpearle el hombro para despertarle, cuando le oyó pronunciar algunas palabras...

Como éstas llegaban difícilmente á sus oídos, inclinóse para percibirlas mejor.

—¡Marina! — murmuraba el caballero — ¡Oh! ¡niña deliciosa!... ¿Por qué ha sido tan corto mi sueño?... ¿Dónde está, desde que huyó de casa de la marquesa?... La he buscado por todas partes; pero en vano... ¿Cuándo, pues, la encontraré?...

Un largo suspiro escapósele del pecho.

Los ojos de Bathilde dejaron ver un rayo de furor, y dió un fustazo en el hombro del durmiente, y hasta con cierta rudeza; puesto que éste, entrando en seguida en la realidad, lanzó un grito de dolor.

Luego, tocándose la parte atacada por la fusta, exclamó, sin darse cuenta exacta de lo que acababa de ocurrirle:

— ¡Per la Madona!... ¿me habrá picado algún reptil?

De repente distinguió junto á él, á Bathilde, que estaba de pie, con el rostro encendido en cólera.

Muy sorprendido ante la inopinada presencia de su amante, á quien no había oído entrar, y no menos extrañado de la amenazadora expresión que en sus facciones leía, levantóse precipitadamente y díjole con cierta vivacidad:

— ¡Per Dio! querida mía, esto me intriga mucho. ¿Cómo es que, de repente, la encuentro aquí, ante mí, sin que nada me haya señalado su venida, y con esa

cara que parece haber sido empapada en vinagre?

Luego, levantándose y cambiando bruscamente de acento, como presa de súbita contrariedad, añadió:

— ¿Qué viene usted á hacer en mi casa?

— Comprendo su extrañeza, Zeno, repuso Bathilde conteniéndose y con cierta ironía. — Nada, en efecto, podía hacerle prever mi visita que parece causarle tanto placer. Pero, ya sabe usted que las mujeres tienen caprichos inexplicables, de los cuales no se dan ellas mismas cuenta.

Esta mañana, no se por qué, me han entrado irresistibles ganas de verle... Y por más que quería vencerlas, no lo he conseguido...

Entonces, como no quería continuar el día entero padeciendo, he tomado el partido de venir.

¿Tan mal he hecho?

— ¿Cómo puede usted pensarlo, *mia cara?* — replicó el caballero con forzada galantería, porque, bajo las almibaradas palabras de su interlocutora, sentía cierto sarcasmo y trataba de adivinar la causa. — Pero ¿es realmente para gozar de mi vista por lo que ha salido usted del hotel de Nevers? ¿No habrá alguna otra razón que usted esconda?

Vamos, sea franca.

Bathilde permaneció un momento sin contestar, como para dar más peso á lo que iba á decir, luego, pareciendo decidirse á hacer una declaración, observó:

— ¡Pues bien! sí, lo confieso, hay otra causa.

— ¡Ah! Lo ve usted... ¿Y cuál?

— Esta: Figúrese, Zeno, que, hace un instante, me

he adormecido en mi cuarto, en una otomana y he tenido un sueño muy raro.

— ¿De veras?

— Sí; de pronto — fíjese que no es más que un sueño — de pronto, dijo, esta casa se acercó á mí, y lo interior de su cuarto se me ha aparecido tan claramente como se me aparece ahora... ¡Oh! pero con extraordinaria limpidez... ¡no se me escapaba un detalle!

— ¡Ah! — exclamó el caballero aguzando el oído. — ¿Y... era yo alguno de esos detalles?

— El principal, y en usted era sobre quien recaía especialmente mi atención.

— Es usted muy amable, Bathilde.

— No se precipite á creerlo... Así, veíale yo, con un espejo en la mano, admirándose agradablemente y pasándose los dedos por el bigote para darle brillo... así... en esta forma...

É imitó exactamente el ademán que, por el telescopio, había visto efectuar á Zeno...

Éste quedóse estupefacto.

— ¡Oh! ¡oh! — pensaba — ¿qué quiere decir esto?

— Luego — continuó Bathilde, con tono cada vez más irónico — le veía de nuevo tomar asiento en el canapé en donde estaba usted hace un rato, poner una almohadilla bajo su cabeza y disponerse á dormir.

El asombro del italiano iba en aumento.

¿Cómo podía saber todo aquello la joven?

¿Estaría escondida allí, mientras él ejecutaba esas ocupaciones íntimas?

No; era imposible. Él tenía la plena convicción de que Bathilde acababa de llegar.

— En fin — prosiguió ésta — continuaba yo presenciando cada uno de sus actos. Pronto, en vez de dormir, como yo suponía, usted se levantaba, paseábase por el cuarto, y después, parándose de pronto ante un mueble, sacaba del cajón un pedazo de tela para...

— ¿Para? — repitió el veneciano conteniendo la respiración, porque creía en un sortilegio y con ojos de espanto miraba á Bathilde.

— ¡Para besarlo con ardor calenturiento! — dijo ésta con voz que hizo saltar al caballero.

Pero sobrepúsose al oírla añadir, con tono más natural:

— Despertéme en ese momento, y todavía bajo la impresión de tan singular sueño, he corrido á comunicárselo, en la esperanza de que usted podrá explicármelo.

Zeno no sabía qué responder y no estaba muy tranquilo, porque los ojos de su interlocutora tenían penetrante agudeza que parecía querer registrar hasta en el fondo de su pensamiento.

Á menos que la joven estuviese dotada de segunda vista, lo que era poco probable, no veía Zeno por qué medio podía estar tan bien enterada de los actos por él cumplidos media hora antes, cuando ella debía de hallarse muy lejos de él.

Además estaba á cien leguas de pensar en el telescopio.

— ¿Nada me dice? — preguntó Bathilde, cuya mano

se crispaba de cólera reprimida contra el puño de oro labrado de su fusta.

Como el caballero no encontraba respuesta, creyó útil enfadarse; esta era una salida fácil.

— ¡Demonios! — juró caminando á pasos agigantados por el cuarto. — Yo no soy la clave de los sueños, y no puedo, por consiguiente, abrir el suyo. Pero no sólo están vacíos sus sueños, sino que también lo está mi bolsa, y con sus vestidos de princesa, van á creer aquí que estoy nadando en oro...

¡Que me condene, si no estoy harto de sus cuentos! Habla usted por enigmas, y no tardará en ser tan incomprensible como el viejo bribón de su tutor.

Bathilde no pestañeó.

— ¿Qué habla usted de mi tutor? — dijo. — No se trata de él ahora.

— ¡Poco importa! — exclamó Zeno, que disimulaba mal un principio de ira. — Hay amistades que ensucian.

Antes vivía yo muy tranquilamente con mis vicios; pero no sucede lo mismo desde que conozco á usted y á su Giam Batista.

— Zeno no conocía á Peyrolles sino bajo su nombre supuesto. — Esta es una complicidad necia, pues temo volverme criminal, sin provecho alguno...

— Querido — dijo tranquilamente Bathilde, — el que no se aventura no pasa la mar. Pero no se trata ahora de los proyectos de mi tutor, y hace usted mal en querer cambiar de conversación...

Hablábamos de mi sueño, ¿no es así?... ¿Sabe usted

que hay sueños que se acercan mucho á la realidad?

— ¡Pts! — exclamó desdeñosamente Zeno — son muy raros.

— Menos de lo que usted cree... puesto que los míos son de estos.

— La verdad, no lo sabía.

— ¿Quiere usted que se lo pruebe? — preguntó Bathilde, lanzándose precipitadamente hacia el mueble que contenía la cinta que ella le había visto llevarse á los labios.

Pero el caballero llegó antes que ella.

IX

AMOR Á FUSTAZOS

Hubo un silencio, durante el cual Bathilde y Zeno se medían de arriba abajo con los ojos.

Éste, colocado ante el mueble, impedía que su amante se acercase.

— ¿Qué quiere usted hacer, Bathilde? — preguntóle titubeando, porque harto sabía lo que aquélla quería.

— ¡Toma! — repuso ésta riendo sarcásticamente — quiero ver si por casualidad es mío el pañuelo del cuello encerrado ahí.

Decididamente, ya no debía fingir más el caballero; su amante había sorprendido — sin saber él cómo — los besos dados al adorno de Marina.

Entonces, tomó Zeno el partido de hacerle frente.

— ¿Por qué no podría ser suyo? — preguntó á su vez irónicamente.

— De eso precisamente quiero asegurarme.